

ropa, vió con indiferencia la de un hombre nuevo, á quien habia ántes conocido, cuando Iturrigaray acantonó allí las tropas, y contra quien estaban muy mal prevenidos: por otra parte, dominaba allí el *gachupinismo*, y por lo que Iturbide repetia. . . . Desde aquí comienza *España*: por lo mismo, su recibimiento fué muy tibio, las felicitaciones de las corporaciones de meras palabras pomposas, pero insignificantes, pues es bien sabido, que esta clase de alocuciones toman su energía del corazon y buen ánimo que las dicta; lenguaje que pocas veces puede contrahacerse. La comitiva imperial fué tan inhospitalariamente recibida, que alguno de los títulos de Castilla no tuvo en su posada ni un candelero de barro en que poner su vela. Escitósele por tal conducta su aversion á los españoles, á quienes atribuia su malandanza, y esto hizo que tomase boga la idea de su persecucion y destierro, que llevada á cabo, tantos males nos ha producido, como despues veremos. Olvidóse de lo que un año ántes habia trabajado por España, de las garantías que tenia ofrecidas, y que habia jurado guardar con reiteracion; de la persecucion que él mismo habia suscitado, mandando al fiscal de imprenta, Lic. Retana, para que en *momentos* denunciase el papel intitulado: "Consejo prudente sobre una de las garantías;" y para demostrar el celo que lo devoraba porque se cumpliesen en toda su estension dichas garantías, mandó que en aquel dia le presentasen los generales del ejército un memorial, quejándose de que se turbaba la paz pública con la circulacion de aquel folleto: ¡tan variable y deambulatoria es la voluntad humana, pues detestan por la noche lo que amaban por la mañana! Tambien recabó Iturbide de la Regencia, que hiciese igual esposicion de quejas á la Junta provisional gubernativa, pidiendo el condigno castigo del autor de dicho impreso, y sin pérdida de tiempo dictase las mas eficaces providencias para corregir los abusos de la prensa.

En los dias en que se mantuvo Iturbide en Jálapa, procuró darse al pueblo en espectáculo, y pasó revista á la antigua columna de granaderos, que fué la flor del ejército vireinal, acto que ejecutó teniendo presente las grandes paradas de Napoleon, á quien procuró imitar *en miniatura*. Revistióse por algunos momentos de los afectos de aquel gran Capitan del siglo, cual pudiera un cómico cuando hace el papel de un célebre personaje. Despues de haber evolucionado dicho cuerpo, dijo á sus oficiales y soldados. . . . "¡Granaderos imperiales! Estoy satisfecho de que sabeis manejar las

armas, y habeis desempeñado esactamente cuantas evoluciones se os han mandado. Lo estoy asimismo de vuestro honor y de la moderacion con que os habeis portado en las provincias donde habeis estado, de vuestro valor y denuedo en las batallas en que habeis espuesto vuestras vidas, cumpliendo con los juramentos que habeis hecho de sostener vuestra religion é independenciam de toda nacion, y la union con los habitantes de este imperio. Pagado yo de todo esto, quiero teneros á mi lado siempre, que me llameis padre, y yo os llamaré hijos. Vosotros componeis una parte de mis guardias que se van á formar en mi corte, y será el ejército de reserva, que se hará temer de todas las naciones. Vuestros hijos bendecirán á los héroes militares que con su sangre supieron alcanzarles la libertad, y romper las cadenas que los oprimieron. Vosotros seréis el apoyo de la monarquía moderada, y sabreis morir diciéndolo. . . . ¡Viva la Religion! ¡Viva la independenciam! ¡Viva la union! . . . ¡Vivan los granaderos imperiales!"

Enviaron cópias á México de este razonamiento, que á los hombres de seso les pareció cómico. A pesar de esto, la odiosidad contra su gobierno crecia, y vino á darle un grande incremento un pasage ocurrido en Jalapa, que la verdad histórica no me permite ocultar, y que allí se referia con escándalo.

Al acercarse el dia de la salida de Iturbide, se solicitaron bagages para efectuarla; estaba de comisionado para ello el alcalde constitucional *D. Bernabé Elias*. Los dependientes de la comitiva imperial se quejaron de que este magistrado andaba muy moroso en proponárselos, y ademas se le informó de que era desafecto á su gobierno. Irritóse sobremanera Iturbide contra este infeliz hombre, y entre várias órdenes que dió para que se le castigase, fué una, que se le pusiera un aparejo de mula y se le cargase como á tal; sentencia tan bárbara é incivil, que se avergonzara de darla un alcalde de monterilla. ¡Qué podia prometerse á vista de ella aquel pueblo ni la nacion toda, de un soberano, que en los primeros dias de su reinado, en los momentos en que debería grangearse el aura de sus súbditos, y pasar por modelo de paz, de mansedumbre y de justicia hermanada con la equidad, se mostraba tan cruel? ¡Y contra quién? Contra un hombre que á la dignidad de tal, reunia el carácter de magistrado. ¡Qué haria cuando su imperio estuviera consolidado con la aquiescencia del pueblo, ó con la diuturnidad de los tiempos? Apenas se contará otro tanto del autócrata de las

Rusias, ó de los Cadís otomanos. Mas ah! que á la vez tamaño ultrage quedó vengado. A su regreso de Iturbide, desposeido ya del imperio, Jalapa pidió por favor al gefe que lo conducia, que no lo pasara por aquella villa.

En estos dias hizo comparecer Iturbide ante sí á D. Antonio Lopez de Santa-Anna, para reclamarle sobre lo ocurrido en Veracruz con el general Echávarri. En su manifiesto publicado en vários idiomas y redactado en Liorna, lo supone reo del crimen de haber intentado sacrificar á Echávarri; pero si tal fué la impunidad en que lo dejó, se torna contra el mismo Iturbide, y supone que Santa-Anna obró dirigido por él, en la intentona del castillo. He aquí como se esplica Iturbide. "Mandaba (dice) en la plaza y provincia de Veracruz el brigadier D. Antonio Lopez de Santa-Anna bajo las órdenes de Echávarri, que era capitan general. Ambos tenian instrucciones relativas al castillo de Ulúa. Esto produjo alguna desavenencia entre los dos gefes con motivo de disputas sobre autoridad. La animosidad llegó á tal grado, que Santa-Anna intentó asesinar á Echávarri en una salida que hicieron los españoles, y habia tomado sus medidas tan esactamente, que Echávarri declaró haber debido la vida al valor de una docena de soldados, y al terror que se apoderó de los que lo atacaron. En consecuencia de esto, y de quejas reiteradas que se me habian dirigido contra Santa-Anna por el capitan general, la diputacion provincial, el consulado, y un gran número de habitantes, y el teniente coronel, así como vários oficiales de su cuerpo, reclamando todos contra su conducta arrogante, y actos arbitrarios, me ví en la necesidad de retirarlo del mando. Yo se lo habia confiado, porque era valiente; calidad que estimo siempre en un militar, esperando ademas que el rango á que yo lo elevaba, contribuiria á corregirle las faltas que yo no ignoraba. Esperaba tambien que la esperiencia y el deseo de no disgustarme, lo haria mas racional. Le habia confirmado en el grado de teniente coronel, que el último virey le concedió por una equivocacion; le dí la cruz de la orden de *Guadalupe*, le conferí el mando de los mejores regimientos del ejército, el gobierno de una de las plazas mas importantes, y últimamente, lo hice segundo gefe de la provincia y general de brigada. Siempre le habia yo distinguido, y no queria deshonrarle en esta ocasion. Ordené al ministro de la guerra que redactase la orden de su remocion en términos honoríficos, acompañando otra orden para que pasase á la

corte, en donde se le daria una comision importante. Nada de esto fué bastante para reprimir sus pasiones volcánicas. Lo primero que hizo fué, ofender gravemente al que le habia colmado de favores, y procuró buscar medios para vengarse de la desgracia que se habia merecido. Corrió á Veracruz para provocar una esplosion: aun no habia llegado á aquella plaza la noticia de su destitucion. Veracruz era una ciudad habitada en su mayor parte por españoles, que ejercian una influencia considerable por sus riquezas: eran enemigos encarnizados de la independencía del país, porque con ella terminaba el comercio esclusivo, que fué por tanto tiempo el origen de su opulencia con perjuicio de las otras naciones, y de los mexicanos mismos, á los que vendian sus mercancías al precio que les acomodaba. En esta plaza fué donde Santa-Anna proclamó la república; sedujo á los oficiales ofreciéndoles ascensos; hizo promesas de dinero á la guarnicion; sorprendió una parte respetable de los habitantes, é intimidó los pueblos cercanos de Alvarado y la Antigua, y los habitantes de color de los puntos adyacentes. Tentó sorprender la villa de Jalapa; pero fué derrotado con total pérdida de la artillería é infantería, y perseguida su caballería, y debió su salvacion á la velocidad de su caballo. Miétras que Santa-Anna atacaba á Jalapa, las villas de Alvarado y la Antigua se sometieron al Gobierno."

He aquí en breves palabras la historia de esta revolucion; mas como ella derrocó el trono imperial, y cambió la faz de todo este continente, me veré precisado á amplificarla, detallando algunos hechos que darán una idea cabal de la misma.

Efectivamente, Santa-Anna se presentó en Jalapa á la llegada de Iturbide, con una escolta y fausto, que pareció queria emular la del emperador en el paseo de los Berros, y fué materia de la murmuracion de los áulicos imperiales; tan satisfecho estaba de que no se le reprenderia ni reprobaria lo que habia hecho en Veracruz, pues habia obrado de acuerdo con el emperador y mandado mil onzas de oro para sobornar á la guarnicion de Ulúa. Sin embargo, por un principio de decencia, Iturbide lo separó del mando de la plaza, y le mandó se le presentase en México. Esta orden le fué muy sensible á Santa-Anna, pues se le obligaba á abandonar su patria, donde disfrutaba todas comodidades, mando, &c. Por tanto, hizo los mayores esfuerzos para que no se llevase á cabo esta medida; alególe que tenia varios créditos pendientes y que ne-

cesitaba dinero para cubrirlos; pero inflexible Iturbide, desoyó sus razones, y le mandó dar quinientos pesos, que recibió, quedando por último en qué pasaria prontísimamente á Veracruz, y muy luego marcharia tras del emperador. Llegó el dia de la partida de éste para Puebla, y Santa-Anna se le presentó á cumplimentarlo. ¿Cómo es que no se ha ido V., le dijo?... Señor, le respondió, por felicitar á V. M. deseándole buen viage; abrióle la portezuela del coche, haciéndole un profundo acatamiento, y le estendió el brazo para que se apoyase, y ámbos se separaron (*). Ya veremos los resultados de tal separacion, y muy á pesar nuestro nos engolfaremos en un océano de sangre y desgracias. Tendamos entretanto la vista sobre varias ocurrencias notables en México. El dia 30 de Noviembre (1822) á las dos de la tarde, anunciaron las campanas de esta capital, con toque de plegaria, que la Sra. Da María Ana Duarte de Iturbide estaba de parto: en la capilla de la santa escuela de San Francisco se espuso al Smo. Sacramento; yo pedí á su Divina Magestad que la sacase con bien, pero que el infante que pariera, no nos gobernase: de hecho, dió á luz un niño, á quien se le pusieron los nombres de Felipe de Jesus, Andres, María Guadalupe.... La ceremonia de los óleos se reservó para cuando regresara su padre. Yo quisiera presentar aquí alguna pieza escogida de poesía, como las que publicaron algunos poetas españoles celebrando el parto de los gemelos que dió á luz Da María Luisa de Borbon (que ojalá no hubiera parido ninguno en su vida); mas no puedo dejar de copiar una especie de marcha ó *calabaza* que muy luego publicó un padre dominicano (Saavedra) empeñado en quitarle el primer lugar al célebre D. Anastasio Rodriguez de Leon, celebrando este dichoso alumbramiento. Hela aquí fielmente copiada de la que se imprimió en la oficina de D. Alejandro Valdes:

CORO.

Sacerdotes, tomad las casullas:
Organistas, las claves aptad;
Y cantores, la voz entonad:

(*) Esta relacion me la hizo varias veces el Sr. D. José Dominguez Manzo, secretario y ministro de Iturbide, que lo acompañaba y presenció; omito detallar muchas menudas circunstancias que la prudencia no permite referir, y lo haré si se me obligare á ello. El Sr. Dominguez fué uno de los proscriptos por la ley inicua de 23 de Junio de 1833, por la misma causa que Aristides.... Porque era *justo*. Murió en el destierro, y se le sepultó en *Cincinnati*.

Todos juntos cantad aleluyas
Al Señor de la Gran Magestad,
Por el parto de la emperatriz,
Fecundo y feliz,
Fecundo y feliz,
Fecundo y feliz (*).

Mexicanos, el viejo y el mozo,
De ámbos secos y cualquiera clase,
Celebrad al infante que nace
Herederó de un sόlio glorioso.
A palacio la música pase,
Y al compas suavemente armonioso
Cante el pueblo diciendo gustoso:
Viva el vientre que ha sido su base.
¡Feliz Ana! Consorte felice
De Agustin el monarca mas claro,
El guerrero mejor y mas raro,
Cuyo imperio el Dios fuerte bendice:
En tu seno fecundo y preclaro
Que natura jamas paralice,
Iturbide su nombre eternice,
Ese nombre tan dulce y tan caro.
Militares: las armas rendid
A las plantas augustas y tiernas,
Que han de hacer vuestras glorias eternas
En el ócio, en la paz y en la lid.
Ya rompió las entrañas maternas (†)
Sin violencia, cautela ni *ardid*;
Esa imágen de un héroe que al Cid
Infundiera temor en las piernas.
Infelices! Volad á *Agustin*
A pedirle merced y favor,
Por su prenda *moderna* de amor
Envidiada del Franco Delfin.

(*) Aquí entra lo bueno y hasta me remondo el pecho.

(†) Pobre de mi Sra. D. ^{ca} Ana si tal fracaso le sucediera: el pláceme de su parto lo recibiria en el cielo.

Postulad... pero no el malhechor
 Que asesina y rapiña hasta el fin,
 Que el indulto del régio festin
 No es amparo del vil deshonor.

Foragidos que andais perturbando
 El buen orden de la sociedad,
 De maldad progresando en maldad
 Y dó quier al patriota dañando!

No esperéis la *Agustina* piedad,
 Antes bien esperad que por bando
 La vindicta se vaya tomando
 Del insonte con gran brevedad.

Y los buenos, diré, ciudadanos
 Adheridos al nuevo sistema
 De monarca con ley y sistema
 Que repitan unidos y hermanos:

Viva, viva! el objeto de un poema
 Producido de afectos paisanos,
 Conque canten los Iturbidianos
 Esta marcha, su asunto y su lema.

Albricias de gana
 Agustín, nos des,
 Porque dió á luz tu Ana
 Un gallardo *Andrés*.

Pregunto ahora á mis lectores: ¿quién merece de justicia mas bien la albarda, el alcalde de Jalapa ó este poetastro? Para tal imperio, tal vate! Nuestros nietos se harán violencia para creer que en el siglo décimo-nono pudiera imprimirse esta colluvie de desatinos en México y en celebridad del parto de una emperatriz.

JURA DE ITURBIDE EN PUEBLA.

El día 23 de Diciembre se anunció por bando con salva de artillería y repique general, el nacimiento del infante *Andrés*. En la extraordinaria del mismo se refirió en estilo altisonante la solemne jura de Iturbide, hecha en Puebla á su tránsito por aquella cia-

dad, donde lució sus arreos imperiales. Una carta de Iturbide á su padre D. Joaquin decia, que bien habia reunidas en la plaza sesenta mil almas, y funda su cálculo por las dimensiones de su área, balcones, azoteas y torres de Catedral. No obstante estos regocijos, S. M. I. aceleró su venida, porque recibia muy malas nuevas de México y peores aun de Veracruz. Entró en esta capital á las ocho de la noche, y nadie dudó de su llegada, pues casi sin intermision sonaron las campanas hasta la madrugada. Los agentes de esta gran bulla fueron los léperos, que gritaban tirando cohetes: Viva el emperador *absoluto!* Viva la *inquisición!*... *Muera Santa-Anna y la república!*... Fácil cosa es entender qué mano daba impulso á esta máquina. A la mañana siguiente el emperador se asomó al balcon, arengó á la canalla, se gozó con su grita y aplausos; mas ni en ella ni en los víctores se vió un hombre medianamente decente. En la boca-calle del Portal de Mercaderes se colocó un arco que llamaron triunfal. Estrañóse mucho que el emperador no hubiera venido por el camino corriente de Tesmelucan, sino por el de los llanos de Apan, que es de mayor rodeo; él se sabia la causa de este cambio. Aunque yo estaba preso en San Francisco en aquellos dias, y trataba con poquísimas gentes, y era invigilado por las guardias, notaba cierto desaliento en todos, y melancolía, precursora de alguna gran desgracia. D. Lorenzo Zavala nos confirma en esta misma idea, pues dice (pág. 201, tom. 1º) "México preparaba bailes, fuegos artificiales, catafalcos, corridas de toros y ceremonias religiosas, por la coronacion, y Veracruz veia llegar á su seno un puñado de soldados proclamando la ruina de la monarquía. ¡Contraste digno de llamar la atencion de los hombres pensadores! Las funciones de México eran sombrías, y en todos los semblantes se notaba aquella ansiedad que precede á los grandes acontecimientos. ¿De dónde venia, pues, este sobresalto, esa incertidumbre sobre el écsito de sucesos cuyo desenlace no deberia parecer dudoso? Ah! Iturbide habia dado un paso, que hizo perder á la nacion las esperanzas de recobrar la libertad de su mano."

Este gefe no desconoció su posicion, y lo prueba el hecho siguiente:

Los llamados amigos del emperador, le presentaron un carro para sacarlo en triunfo por las calles; mas rehusó entrar en él, y dijo que en él saliese la imágen de la Purísima Concepcion, que sacaron los doctores de la Universidad, *infulados* para hacerle la fiesta anual que tenian de costumbre, en su respectiva capilla, como así

lo hicieron. Temió sin duda, que esta jarana le costara la vida, y supo guardarla.

He dicho, que nacido el infante *Andres*, se dispuso su unción de óleos, con la solemnidad que esta función se celebra en Europa con los príncipes reales; veamos como se practicó en México.

Formóse una solemne procesion por los amplísimos corredores de la casa de Iturbide (*). Abrian la marcha dos alabarderos con uniforme de gala; seguía una gran comitiva de ministros, caballeros de Cámara y criados con ejercicio. En el centro de esta no vista comparsa, se dejaba ver el mayordomo mayor de semana, con el infantil en brazos, y á su lado el Sr. obispo de la Puebla, Perez, tras del cual marchaba una muy numerosa oficialidad, en la que algunos iban vestidos de generales, y en la que se veían como en el ejército de Darío, muchos bultos y pocos hombres. Seguía luego la servidumbre mugeril, en que ocupaban lugar preferente *dueñas* como llovidas, y una qua otra jóven hermosa; en fin, venían porcion de lacayos, gandules y gente baldía. Ni dejaban de tener parte en esta farsa los caballeros de la orden de Guadalupe vestidos, como decia el P. Mier, de *Güegüenches*. El Sr. obispo captó la vènia, para ejercer su ministerio, no de otro modo que los caballeros andantes la imploraban de sus damas para entrar en lides, y quebrar lanzas, y ellas se las otorgaban moviendo blanda y amorosamente la cabeza; y diciendo entre dientes ciertas palabras que oían á conjuro, se lanzaban con gran furia y denuedo, enristrando la lanza sobre sus competidores, para volver, concluida la lid, á poner á sus pies con mesurado continente una agujeta de la piel del ave fénix, obtenida en préz por el valor de su brazo en aquel torneo. Quién á vista de esto no esclamaría: ¡Oh pueblo! quisiste rey, ahí lo teneis.... ¡Y para qué todo esto? preguntaré con Payne. Para imponer y deslumbrar á la multitud. ¡Quién eres tú, ente mortal y presumido, que te levantas en árbitro de la sociedad, y pretendes dominar segun tu antojo? ¡Quién te otorgó este derecho, ó quien lo estableció en tí (†)? Mas dejémonos de declamaciones, y con-

(*) Habitaba entónces la del conde de Berrio, junto á San Francisco, una de las mas amplias y hermosas que tiene México, mientras se le componia el palacio de los vireyes, en que inútilmente se gastó muchísimo dinero, y no llegó á ocuparlo.

(†) La respuesta es muy sencilla.... El sargento Pio Marcha, los léperos beodos del barrio del Salto del agua, y algunos soldados dignos de tal compañía.

cluyamos, para dar la última brochada á este cuadro, diciendo, que el infante *Andres*, despues de recibida la santa unción, fué hecho y armado caballero Guadalupano, así como eran armados militares los hijos de los antiguos nobles mexicanos en el momento de ser bautizados, como dicen los historiadores, para recordarles las obligaciones que la sociedad les imponia, como ciudadanos y sòldados de su patria. Confesemos que todo este grande aparato fué una gran locura. Veamos otra de diferente especie.

En los dias 16 y 17 de Diciembre se celebraron dos funciones en la iglesia de la Profesa por dichos caballeros guadalupanos con asistencia de Iturbide, como su Gran Maestre: la primera, en celebridad de la Virgen Purísima, patrona de la Orden; y la segunda, en honras funerales de los caballeros difuntos de la misma; pero nótese *que no habia muerto ninguno desde su creacion*, y así el sufragio seria por el común de las benditas ánimas, y Dios los aplicaria á las que mas lo necesitasen; mas el caso era darse á conocer, y darse en espectáculo sorprendente á un pueblo que se divierte con esas mojigangas, y no penetra el fondo de las cosas, sin perder de vista el que algunos bobos aficionados á la caballería, solicitasen el diploma de tales, aprontando trescientos pesos, cantidad con que se aseguró que habian contribuido los caballeros para esta Parentacion. Otra escena no menos ridícula se presentó en la iglesia de San Francisco el 22 de Diciembre, en que se halló Iturbide. Casualmente se incendió una bandilla de las que adornaban la iglesia. Alborótese la numerosa concurrencia; se tocó llamada por la tropa, y los oficiales acudieron presurosos al trono imperial, tirando de sus espadas, suponiendo á su amo en una gran cuita y peligro de la vida. Daré punto á esta carta, reservándome para la siguiente dar idea de otras ocurrencias mas notables, y que serán principio de los grandes trabajos y humillaciones que sufrió, hasta dar por tierra con su mal cimentado imperio.

Adios.

Cárlos María de Bustamante.